



reaviva el don de Dios recibido

2 TIM 1, 6

SUEÑO DE LA PIJV

Materiales para compartir
con la comunidad
de responsables
y agentes de la PIJV local



¿sueñas?

¿soñamos juntos?

- 3 Bienvenida. P. Antonio Sánchez CMF
- 5 Sueño de la PIJV 2023
- 6 «Identidad», P. Adolfo Lamata CMF
- 9 «Comunidad», P. Gonzalo Fernández CMF
- 12 «En misión», O. Luis Ángel de las Heras CMF

BIENVENIDA

P. ANTONIO SÁNCHEZ ORANTOS CMF
Facilitador del Encuentro de Responsables de PIJV
enero de 2023

Sumamente agradecido por haberme permitido compartir mi vida con vosotros y configurar el Sueño de Futuro de la PIJV de la Provincia de Santiago, os ofrezco, después de haberlo releído y orado, las resonancias y compromisos que ha abierto en mi proyecto personal y vida, en mi corazón. Este humilde compartir tiene, también, un segundo objetivo: ofreceros a modo de decálogo criterios de discernimiento para que la renovación de nuestros proyectos de PIJV responda tanto al querer de Dios como a las circunstancias culturales en las que tenemos que hacer presente la Buena Noticia del Evangelio.

Una invitación a salir de nuestras zonas de confort y a renovar nuestra vocación de servicio misionero abriendo caminos de trabajo comunitario desde un fundamento común. Ojalá estas líneas sirvan para luchar contra nuestros individualismo -que no son más que deseos de autoafirmación-.

1. Necesitamos una espiritualidad teológica que ponga en evidencia que los agentes PIJV somos, ante todo, hombres y mujeres de Dios y maestros de la vida del Espíritu. En una cultura donde Dios desaparece del horizonte cotidiano de la existencia humana, se hace más urgente que nunca subrayar esta relación esencial con Dios, siendo testigos y signos personales del Eterno. Sin empequeñecer a Dios y su misterio, que siempre es mayor de lo que podemos decir y pensar sobre él.
2. Necesitamos una espiritualidad de la diáspora, de Iglesia en salida, en la que aprendamos a ser cada vez más hombres y mujeres de encuentro y del diálogo (sinodalidad). Vivimos en una sociedad plural y en comunidades interculturales en la que debemos acostumbrarnos a vivir desde la actitud fundamental del encuentro y del diálogo, abandonando todo individualismo, toda pretensión de autoafirmación.
3. Por eso, la radical exigencia de una espiritualidad fraterna y de comunión. A partir del Concilio Vaticano II, hemos recuperado la comprensión de la Iglesia como misterio de comunión. Esto supone que el lugar y la misión de los agentes PIJV debe acentuar su gracia bautismal que abre a la comunidad eucarística. En consecuencia, se necesita una espiritualidad fraterna y de comunión que, ante todo, exprese que los agentes PIJV son hermanos entre hermanos: ser más humanos para ser más hermanos. Es la ley de la Encarnación.

4. Y, por eso, también, la exigencia de una espiritualidad encarnada y secular que exprese que somos hombres y mujeres entre los hombres y mujeres de este mundo. El misterio de Dios es el corazón del mundo, y quienes quieren ser signo y testimonio de este Dios han de hacerlo insertos en medio del mundo, sin miedo, pero, también, sin olvidar la propia identidad.
5. Es la espiritualidad del seguidor de Jesús que nos recuerda que siempre somos peregrinos en camino detrás de Jesús, nuestro Maestro y Señor. El agente PIJV tiene que mantener en lo más íntimo de su vida la certeza de que ha sido llamado al camino de seguimiento detrás del Señor: estar con él (sí y siempre) y expulsar demonios.
6. Es la espiritualidad del apóstol que nos recuerda que no somos dueños de la misión, sino enviados como el Hijo fue enviado por el Padre. Y, por eso, el agente PIJV tendrá que cuidar con esmero su presencia y su palabra para que no se presente solamente su yo, sino, ante todo y sobre todo, la voluntad de Aquel que lo envía.
7. Por eso, necesitamos la espiritualidad de la Palabra, comprendiéndonos ante todo como sus oyentes y servidores. No nuestra voluntad sino la suya: Hágase en mí según tu Palabra. Ella ha de ser nuestro alimento, nuestra luz y nuestra guía cotidiana, conformando nuestro corazón como conformó el Corazón de María.
8. Y la Palabra siempre abre la espiritualidad eucarística. La eucaristía tiene que ser el centro real de la vida del agente PIJV. Y su reto será siempre convertir la eucaristía en su forma de existencia para que su vida sea vida eucarística.
9. Y enraizado en el Dios de Cristo Jesús e iluminado por el Espíritu el agente PIJV debe caracterizarse por su espiritualidad misionera. Esto significa que el camino de santidad al que está llamado ha de lograrse en el testimonio misionero. Éste siempre juzgará la calidad de nuestra fidelidad al Dios revelado por Jesús, el Cristo.
10. Y nunca olvidar que la ley de la Encarnación nos exige que todos los rasgos subrayados sean vividos en la vida cotidiana. La espiritualidad es lo que somos delante de Dios en nuestro hacer, en nuestro pensar y amar, en nuestro orar y trabajar, sufrir y gozar, acertar y fracasar, correr y descansar...

Ojalá que desde este fundamento común, deseo común, consigamos entre todos, en escucha fraternal, convertir en realidad, en presente, el Sueño de Futuro de la PIJV de la Provincia de Santiago, que un día, juntos, nos atrevimos a soñar. Y pido a todos que abramos un fuerte proceso de conversión para que todos los dinamismos que dicho Sueño requiera afecten a nuestras vidas y la forma de configurar cada una de nuestras posiciones apostólicas.

¡Construyamos un proyecto comunitario de misión porque solo así seremos fieles al mandato de nuestro Maestro: «Que todos sean uno para que el mundo crea»!

Sueño de la PIJV

Colmenar Viejo | 28 de enero de 2023

La **comunidad de responsables y agentes de PIJV de la Provincia de Santiago**, arraigada en Cristo por su experiencia de Dios, guiada por el Espíritu Santo, alimentada por la Eucaristía, disponible y dócil a la Palabra como María y apasionada con su misión,

sueña con una pastoral

- que engendra relaciones de fraternidad entre sus miembros;
- que nos alegra y entusiasma en sus dinamismos;
- que discierne un proyecto evangelizador común;
- que aprende de sus fracasos para hacer nuevas todas las cosas;
- que lee la realidad desde una mirada de fe;
- que acoge y vive con corazón de madre;

porque solo así,

- abrirá espacios de experiencia de Dios;
- acompañará procesos de maduración en la fe y proyectos de vida;
- conseguirá lenguajes nuevos y acciones creativas que posibiliten grupos e instituciones con estilos de vida evangélicos;
- alumbrará líderes y comunidades evangelizadoras que atienden diferentes retos de la cultura de hoy: niños, adolescentes, jóvenes, familias;
- será sensible a la presencia de Dios en el dolor, la pobreza, la exclusión, provocando compromisos solidarios;
- contagiará la pasión por el estilo de vida de Claret y propondrá el seguimiento de Cristo en las distintas formas de vida con la Familia Claretiana como horizonte;
- celebrará ser Iglesia alabando a Dios que nos convoca y sostiene.

IDENTIDAD

P. ADOLFO LAMATA MUYO CMF

Superior Provincial de los Misioneros Claretianos
de Santiago



[1] La comunidad de responsables y agentes de PIJV de la provincia de Santiago, arraigada en Cristo por su experiencia de Dios, guiada por el Espíritu Santo, alimentada por la Eucaristía, disponible y dócil a la Palabra como María y apasionada con su misión.

La llamada cristiana es la **llamada a vivir en común**. Lo vemos en el hecho central del cristianismo que se traduce en dos ejes: la llamada cristiana a la filiación y el eje de la comunión con los hermanos. Todos estamos llamados a vivir ambas realidades. Nuestra vida creyente es vida de amor a Dios, de un amor filial que quiere corresponder al amor de Dios con el que todos hemos sido agraciados, y la comunión con los hermanos, que también es comunidad en el amor, en la oración, en la entrega y en la común misión. Quienes nos hemos sentido vocacionados a vivir el seguimiento de Jesucristo movidos por el Espíritu, nos sentimos impulsados a vivir esta experiencia con otros hermanos que han sentido esta misma llamada, "hacer con otros".

La fuerza interior para conseguir la unidad que la misión requiere y proclama es la caridad. El mensaje del Reino resulta siempre más creíble cuando se proclama a través de signos de unidad y de eclesialidad. La unidad vital de aquellos que hemos sido llamados a distintas vocaciones, seculares y religiosos, pero que compartimos un mismo horizonte de fe y de misión. El don primero y más necesario para construir una comunidad de agentes y responsables evangelizadores en el mundo infantil y juvenil es la caridad. La comunidad es fruto del amor.

La misión con los niños, adolescentes y jóvenes es la que origina y está en el origen de la comunidad de agentes y responsables. Esta misión nos constituye en comunidad, que emerge en la medida que todas las personas que participan de la misma trabajamos en un común proyecto de misión, integrando lo local, provincial y eclesial. No olvidemos que este caminar juntos implica discernir lo que el Señor puede estar pidiéndonos en cada momento, corresponsabilizándonos y comprometiéndonos, agentes y responsables, en la búsqueda de los procesos y propuestas para los destinatarios de nuestra tarea evangelizadora.

Arraigados en Cristo. El Padre Claret utiliza una imagen para hablar del arraigo en Cristo, el compás. Una de las puntas está fija en el punto central y la otra es libre de moverse. Claret sabía bien que en la medida que su corazón estuviese profundamente arraigado en Cristo podría moverse libre y audazmente para anunciar el evangelio. No podemos separar nuestra misión con los niños, adolescentes y jóvenes con una intensa vida de intimidad con el Señor. «Los llamó para que estuvieran con Él y enviarlos a predicar» (Mc 3, 14). El Papa Francisco nos recordaba a los claretianos en una recepción capitular que si queremos que nuestra misión sea fecunda no podemos separar la misión de la contemplación. «Si quieren

ser testigos no pueden dejar de ser adoradores». Dos dimensiones que se nutren recíprocamente, no pueden existir la una sin la otra.

Necesitamos dejarnos guiar por la fuerza del Espíritu para que nuestra misión evangelizadora no enferme por insuficiencia de vida, sin inspiración, sin iniciativa, más pendiente de sobrevivir, manteniendo nuestros modos de hacer, que de crear y generar nueva vida apostólica. Entusiasmo y audacia son dones del Espíritu.

María dócil a la Palabra de Dios, la acoge y guarda en su corazón. Ella es para nosotros inspiración y maestra en el discipulado. El corazón de María es la fragua en la que nos formamos como adecuados instrumentos de la evangelización. De ella aprendemos la cordialidad. La educación del corazón. Si queremos evangelizar de verdad nuestra sociedad hemos de recuperar y reinventar el discurso de la cordialidad que conlleva un nuevo estilo de misión, nuevos lenguajes de proximidad y cercanía. «El logos “cordial” o “amoroso” tiene la capacidad de “amigar” a los “enemistados”, de aproximar a los antípodas en el ámbito intelectual o cultural o religioso. El discurso de la cordialidad genera amistad y prepara al ser humano para la hospitalidad intelectual, que es tan ardua muchas veces»¹.

El Evangelio se transmite hoy por contacto personal y por contagio comunitario. La transmisión del Evangelio a los niños y jóvenes no pasa simplemente por la transmisión de un modo cristiano de ver el mundo y la realidad, ni por inculcar principios morales, sino facilitando claves de una auténtica experiencia de Jesucristo y del Dios que es amor.

La última cena, la primera de todas las eucaristías que alimentan a la comunidad cristiana, es también toda una lección de amor y de cordialidad. La celebración de la Eucaristía es en la Iglesia el gran sacramento del Reino. Debe ser el espacio en el que para todos nosotros se recrea la fraternidad apostólica y lanza a la misión. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). La Eucaristía es el gran símbolo de la presencia de Jesús y su entrega por amor a los hombres. Se convierte para la comunidad de agentes y responsables de PIJV en una invitación permanente a hacer nosotros lo mismo.

¹ José Cristo Rey García Paredes, «El discurso de la cordialidad en la comunicación de la fe»: <https://www.xtorey.es/el-discurso-amoroso-en-la-comunicacion-de-la-fe>

PARA CONTEMPLAR

Lectura del evangelio según san Lucas 24, 25-33

Entonces Jesús les dijo: «¡Qué torpes sois para comprender, y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?»

Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras. Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron diciendo: «Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.».

Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?».

En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás.

PARA COMPARTIR

[1] La comunidad es fruto del amor. ¿Cómo podemos, en nuestra comunidad de agentes y responsables, crecer en comunión y en crear caminos conjuntos de corresponsabilidad en la PIJV?

[2] “Si quieren ser testigos no pueden dejar de ser adoradores”. Dos dimensiones que se nutren recíprocamente, no pueden existir la una sin la otra. ¿De qué manera podemos cultivar esta doble dimensión en nuestras comunidades claretianas y de agentes de PIJV?

[3] ¿Qué interpelaciones del Espíritu pueden afectar más en este momento a la PIJV? ¿Cómo podéis darles respuesta con audacia? ¿Cómo recuperar el entusiasmo misionero?

[4] ¿De qué manera podemos realizar una pastoral infantil, juvenil y vocacional desde las claves de la cordialidad? ¿Cómo convertir esta dimensión carismática en compromisos y propuestas concretas?

PARA ORAR

Hoy elevamos nuestra acción de gracias hacia ti, Dios Padre,
porque una vez más nos reúnes en tu nombre, en comunidad de hermanos,
en torno a tu Hijo Jesús.

Gracias por todas las comunidades
que a lo largo de la historia y de la faz de la tierra
se reúnen en su nombre.

Tu Hijo nos convoca incesantemente.
Él es la llamada. Él fortalece la unidad.
Jesús es el amor que hermana, el amor que genera fraternidad.

Te alabamos, Padre,
por esta unidad que estableces entre nosotros
a pesar de nuestras resistencias, torpezas e impaciencias.

Tú quieres que la multitud de gentes no se disperse,
sino que se reúnan en una sociedad
en la que reine la igualdad, la fraternidad, la libertad.

A nosotros nos llamas a seguir a tu Hijo,
a identificarnos con Él,
a convertirnos en testigos de la Palabra,
a promover tu Reino.

El Pan partido en la mesa de la fraternidad
hace presente su entrega,
nos anticipa un tiempo de esperanza y nos impulsa a la misión.

Que el Espíritu Santo cambie nuestra asamblea humana
en comunidad fuertemente unida en Cristo,
que estimule nuestro celo apostólico,
que la lleve a realizarse por medio de la ayuda fraterna,
la corrección cristiana, el perdón y la conversión.

Amén.

COMUNIDAD

P. GONZALO FERNÁNDEZ SANZ CMF
Director de Publicaciones Claretianas



[2] sueña con una pastoral que engendra relaciones de fraternidad entre sus miembros; que nos alegra y entusiasma en sus dinamismos; que discierne un proyecto evangelizador común; que aprende de sus fracasos para hacer nuevas todas las cosas; que lee la realidad desde una mirada de fe; que acoge y vive con corazón de madre;

Cuando las cosas van bien no solemos soñar. Nos limitamos a disfrutar el momento presente. Solo sueñan las personas y grupos que atraviesan períodos de prueba, que, conscientes de su precariedad, imaginan una vida mejor. Cuando Mahatma Gandhi soñaba con una India independiente por medios no violentos su país estaba sometido al yugo británico. Cuando los padres fundadores de la actual Unión Europea soñaron una Europa unida, el continente acababa de salir de una guerra mundial. Cuando Nelson Mandela soñó con una nueva integración nacional basada en el principio “un hombre – un voto”, Sudáfrica vivía un régimen racista llamado “apartheid”. Y cuando san Antonio María Claret soñó con una congregación de misioneros, con una “grande obra” al servicio de la evangelización, estaban prohibidas las órdenes y congregaciones en España y escaseaban los predicadores de la Palabra de Dios.

Estos soñadores no eran personas ilusas. Percibían el sufrimiento de sus pueblos con más nitidez que la mayoría, pero no sucumbieron ni a la resignación ni a la indignación. Creyeron en la energía renovadora que surge cuando las personas apelamos a lo más noble de la humanidad. Se atrevieron a soñar porque no hay nada más transformador que un sueño compartido.

El IV Capítulo Provincial de Santiago nos invita también a apelar a lo mejor de nosotros mismos, a acoger el sueño de Dios para cada uno de nosotros y nuestras comunidades. Es el único modo de agradecer lo que somos, de tomar conciencia de nuestras limitaciones y enfermedades sin hundirnos y de abrirnos a un futuro esperanzador.

Aceptando la realidad de lo que somos y tenemos en nuestra Provincia de Santiago, el IV Capítulo nos impulsa a soñar con una pastoral:

- **que engendra relaciones de fraternidad entre sus miembros;** es decir, que sigue creyendo que no hemos sido llamados simplemente para coexistir pacíficamente bajo el mismo techo, sino para edificar una comunidad en la que lleguemos a ser hermanos. La fraternidad está en el principio, pero es también una meta nunca conseguida del todo porque siempre estamos aprendiendo a aceptarnos y respetarnos como somos, a ver lo más valioso de cada persona, a cuidarnos unos a otros y a

ayudarnos mutuamente a superar nuestros defectos y crecer como personas y como misioneros.

- **que nos alegra y entusiasma en sus dinamismos;** es decir, que nos ayuda a disfrutar de todo aquello que nuestras Constituciones nos presentan como esencial para una comunidad claretiana: el amor mutuo, la vida en común, la oración compartida, la colaboración en la misión, la preocupación por la pastoral vocacional, la solicitud por los enfermos y los ancianos, etc. Cuando encontramos alegría en estos dinamismos no necesitamos buscar sucedáneos ni nos limitamos a lo mínimo imprescindible. Al contrario, los cuidamos con delicadeza y los recreamos con novedad para que sigan siendo cauces de vida.
- **que discierne un proyecto evangelizador común;** es decir, que no se limita a hacer lo que está mandado o lo que toca, sino que se pregunta una y otra vez lo que el Señor nos está dando y pidiendo en el contexto en el que vivimos. A través de conversaciones fraternas discernimos cómo aplicar a nuestra comunidad las orientaciones de la Iglesia que van en la línea de la conversión pastoral, de la llamada a la santidad, del cuidado de la casa común, de la fraternidad y la amistad social, de la sinodalidad, etc.
- **que aprende de sus fracasos para hacer nuevas todas las cosas;** es decir, que no tiene reparos en reconocer con humildad nuestros cansancios personales, nuestros conflictos comunitarios y nuestras inercias pastorales. También las crisis y fracasos pueden ser oportunidades de crecimiento si sabemos interpretar su significado y extraemos lecciones de vida.
- **que lee la realidad desde una mirada de fe;** es decir, que no se limita a comentar con amargura las malas noticias que nos inundan o a buscar siempre “chivos expiatorios” del mal que percibimos en la Iglesia y en la sociedad. La fe nos da una mirada de largo alcance para ver que hay etapas de creatividad y de purificación, de entusiasmo y de crisis, de colaboración y de indiferencia, pero, sobre todo, para comprender que “a los que aman a Dios todo les sirve para el bien” (Rm 8,28).
- **que acoge y vive con corazón de madre;** es decir, que, por encima de los errores y pecados de las personas, es capaz de ver en ellas a hijos e hijas de Dios, a menudo heridos por las pruebas de la vida. Nuestra identidad cordimariana desarrolla en nosotros una especial capacidad de acogida, de apoyo y de empuje. Sabemos que no hay nada más reparador y transformador que el amor; por eso, tanto en nuestra vida comunitaria como en nuestra misión colocamos el amor como la clave principal, sin dejarnos derrotar por la tentación del escepticismo, tan propia de quienes ven las cosas con inteligencia, pero no las quieren con ternura.

PARA CONTEMPLAR

Lectura del Libro del Profeta Joel 2, 28

Y sucederá que derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones.

PARA COMPARTIR

[1] ¿Cómo soñamos la realidad de nuestras comunidades teniendo en cuenta la precariedad que vivimos, pero también los muchos dones ocultos de cada uno de nosotros?

[2] ¿Qué pasaría si nos abandonáramos al pesimismo y no cuidáramos los grandes y pequeños dinamismos que las Constituciones nos ofrecen para edificar una sana vida en común?

[3] ¿Qué le pedimos a Dios para que nos ayude a soñar con una comunidad alegre y esperanzada que resulte atractiva para quienes están discerniendo su vocación?

PARA ORAR

Gracias, Señor, por habernos convocado en comunidad.

Ninguno de nuestros defectos y pecados
puede destruir la belleza de tu don.

Ayúdanos a creer en ella, a acoger tu sueño
de una comunidad que no se rinde al cansancio, al individualismo o a la tristeza,
sino que se esfuerza cada día por darte gracias,
cultivar las semillas de vida que Tú has sembrado en nosotros,
aprender de nuestros errores, abrirnos a una misión siempre mayor
y ser uno para que el mundo crea en Ti. Amén.

EN MISIÓN

O. LUIS ÁNGEL DE LAS HERAS BERZAL CMF
Obispo de León



[3] porque solo así, abrirá espacios de experiencia de Dios; acompañará procesos de maduración en la fe y proyectos de vida; conseguirá lenguajes nuevos y acciones creativas que posibiliten grupos e instituciones con estilos de vida evangélicos; alumbrará líderes y comunidades evangelizadoras que atienden diferentes retos de la cultura de hoy: niños, adolescentes, jóvenes, familias; será sensible a la presencia de Dios en el dolor, la pobreza, la exclusión, provocando compromisos solidarios; contagiará la pasión por el estilo de vida de Claret y propondrá el seguimiento de Cristo en las distintas formas de vida con la Familia Claretiana como horizonte; celebrará ser Iglesia alabando a Dios que nos convoca y sostiene.

Podemos comenzar esta meditación con el pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles que narra la vuelta al cenáculo después de la ascensión de Jesús (Hch 1,12-14). Los apóstoles, algunas mujeres y María, la madre de Jesús, inician el proceso hacia la comunidad apostólica en el lugar del banquete eucarístico y del lavatorio. El regreso al cenáculo, en la espera de Pentecostés, es configurador de la comunidad para la misión perseverando en la fracción del pan, en la oración y en la fraternidad misionera.

Continuadores del cenáculo desde el carisma claretiano, en diversas ocasiones y de muchas maneras, nosotros hemos constituido comunidades de responsables y agentes de PIJV para evangelizar según los contextos históricos, sociales y locales, siguiendo las orientaciones de nuestra Congregación misionera y de nuestra Iglesia universal y particular.

Nuestra “comunidad de responsables y agentes de la PIJV” en la actualidad será evangelizadora y estará formada por un “nosotros misionero” carismático y eclesial que habrá que seguir edificando, actualizando y perfilando, siempre cuidando las raíces cristológicas; para dar frutos de espiritualidad apostólica, filiación, fraternidad, esperanza, confianza, compromiso socio-histórico, caridad en todas sus formas y ámbitos; en definitiva, fuego misionero y ascuas que vuelven a encenderse, si fuera el caso. Por eso podemos estar seguros de que arraigarnos en Cristo es la condición sine qua non hay misión claretiana.

Desde la fuente del seguimiento y el discipulado común, el “nosotros misionero” de la PIJV podrá ir abriendo espacios para que niños, adolescentes y jóvenes recorran su camino de búsqueda, contemplación, escucha, conocimiento y encuentro fundante con Jesucristo. El Maestro, que parte el pan de la vida, lava los pies de sus amigos y siempre está dispuesto a mostrarnos dónde y cómo vive, les irá indicando —también a través de nosotros, pero

no sólo— el proceso de apertura y acogida que permite la maduración de la fe y abre el camino de un proyecto de vida realista, gozoso y fecundo. Nuestra vida y misión —y la de todos los miembros de la comunidad evangelizadora claretiana— está llamada a convertirse en signo vivo de la presencia del Señor que nos convoca, en anuncio permanente del horizonte mayor de la vida cristiana y en cauce de búsqueda y feliz hallazgo de un proyecto de vida en obediencia al Espíritu y en entrega al prójimo. Porque solo así los discípulos misioneros que acompañamos en su crecimiento a quienes mañana serán portadores de fe y esperanza podremos abrazar nuestra misión más importante, que no es otra sino participar plenamente de la vida de Cristo, hijo del Padre y hermano de los hombres, muy especial y cuidadosamente desde la PIJV.

Sin perder la esencia y la fuerza del Evangelio, ni la plenitud que nace de una existencia arraigada en Cristo, será siempre necesario volcar la novedad permanente de la propuesta cristiana en odres nuevos para nuestro tiempo y circunstancias particulares. A partir del lenguaje universal del Evangelio, habrá que establecer puentes con los nuevos lenguajes que vehiculan nuestros deseos, nuestras búsquedas, nuestros límites, nuestras frustraciones y, en general, el desarrollo actual de nuestras sociedades. Y habrá que redescubrir y realzar la capacidad comunicativa y transformadora del rico lenguaje simbólico y sacramental de nuestra tradición eclesial, lleno de belleza, posibilidades y retos creativos para transmitir con mucha fidelidad al Dios de Jesucristo, tantas veces desconocido o mal conocido en nuestro entorno. Porque solo así ese “nosotros misionero” podrá poner a dialogar la riqueza que ha recibido con todas las realidades humanas que están en pie en nuestros días, y dar a conocer el Evangelio de Jesucristo con la menor interferencia posible, extendiendo el anuncio del Resucitado en su fuerza y claridad por tantos medios como hoy existen, desde los más concretos del roce cotidiano a los más abstractos del universo virtual.

En este momento de la historia, especialmente en Europa, no hay mayor reto para nuestra generación que la transmisión auténtica y eficaz de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre que murió por amor de los hombres y vive resucitado para abrirnos a cada paso las puertas de la Vida. Con una transmisión certera del mensaje cristiano serán fructíferos los empeños por alumbrar nuevas comunidades de creyentes, grandes o pequeñas, institucionalizadas o no. Serán nuevos cenáculos edificadas con aquellos que se descubran a sí mismos como piedras vivas de Evangelio y entrelacen su identidad personal con la identidad santificadora del Hijo de Dios, y su misión vital con el servicio humanizador del Hijo del hombre, siempre bajo el signo del “nosotros misionero”. Porque sólo así seremos, entre todos, hombres y mujeres bien dispuestos para aprender a convivir en clave evangélica con ancianos, adultos, jóvenes y niños, acompañando a cada uno en su realidad existencial, sin dejar por ello de facilitar el intercambio de sabiduría, visiones y sueños que ofrece cada una de las etapas del camino de la vida humana y de la fe.

En este sentido de humanidad fraterna y orientada hacia la misericordia de Dios, nuestra “comunidad de responsables y agentes de PIJV” no puede sino escuchar con la máxima hondura y honestidad el clamor de

Dios en el dolor, en la pobreza, en la exclusión. No se trata de una escucha paternalista ni sujeta a sentimentalismo de una u otra índole, sino de una escucha evangélica que mueve “a misericordia” y “a fraternidad”, abandonando nuestras manidas justificaciones y nuestra cómoda indiferencia. Porque sólo así recibiremos el don de prolongar la salvación de Cristo en nuestro mundo, especialmente allí donde es más acuciante su necesidad, dotando a nuestra fe y a nuestro anuncio de acciones y plegarias de justicia y solidaridad.

Desde estas coordenadas que nos aúnan a todos los cristianos en este tiempo y lugar, el “nosotros misionero” que soñamos podrá vivir apasionadamente el carisma de fuego y misión heredado de san Antonio María Claret —y sellado con la admirable sangre de los mártires claretianos—, contagiando su modo de encarnar el Evangelio con la naturalidad con la que se expresa lo que es esencial y luminoso en el propio camino de seguimiento del Señor. Del mismo modo, llegará como por añadidura la vivencia de un carisma que no es exclusivo de un grupo cerrado, sino que redundará en bien de toda la Iglesia y ha dado lugar en ella a una familia —la familia claretiana— que agradece lo que ha recibido y quiere seguir estrechando lazos de vida y misión hacia dentro y hacia fuera.

Como cae el orvallo sobre el césped, refrescando con ternura la faz de la tierra, así caerá también sobre nosotros esa “suave luz que todo lo ilumina”, la que nos viene de la presencia del Corazón Inmaculado de nuestra madre, María. Porque sólo así —sólo ella— puede unir y recrear el “nosotros misionero” en nuestro cenáculo claretiano, incluso en los momentos de desolación y muerte, como les fue dado a nuestros queridos hermanos del seminario mártir de Barbastro. Esperemos la sacudida del Espíritu Santo permaneciendo en oración con María, que nos guarda en su corazón de madre, discípula y reina de los apóstoles. Dispongámonos a ser enviados constituidos en un nuevo “nosotros misionero” para la PIJV, y para toda la misión, junto al resto de los miembros de nuestra Iglesia sinodal, pueblo de Dios en camino.

PARA CONTEMPLAR

Lectura del evangelio según san Mateo 9,36 - 10,8

Viendo a las multitudes, se conmovió, porque andaban maltrechas y derrengadas como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: la mies es abundante y los obreros pocos; por eso, rogad al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies.

Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y curar todo achaque y enfermedad.

Los nombres de los doce apóstoles son éstos: en primer lugar, Simón, el llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el recaudador, Santiago de Alfeo y Tadeo, Simón el fanático y Judas Iscariote, el mismo que lo entregó.

A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:

«No toméis el camino de los paganos ni entréis en ciudad de samaritanos; mejor es que vayáis a las ovejas descarriadas de Israel.

Por el camino proclamad que está cerca el reinado de Dios, curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis».

PARA COMPARTIR

[1] "Continuadores del cenáculo desde el carisma claretiano" ¿Somos conscientes de ser los continuadores, en nuestro tiempo, de la misión de anunciar el evangelio (al estilo de Claret), encomendada por Cristo a la primera comunidad? ¿Qué sentimientos provoca en nosotros reconocer esto?

[2] ¿Vivimos con entrega y responsabilidad, como comunidad de agentes, la tarea de abrir, en los destinatarios de nuestra misión, procesos de apertura, acogida y maduración de la fe, que posibilitan el encuentro personal y comunitario con Jesucristo?

[3] "Nadie ofrece lo que no vive". Como comunidad misionera ("nosotros misionero"), ¿nos sentimos arraigados en Cristo como fundamento de nuestro testimonio misionero?

[4] "Odres nuevos para nuestro tiempo". ¿Tratamos de ser creativos y nos esforzamos por buscar lenguajes nuevos para que el evangelio sea atractivo o nos cuesta y nos conformamos con "hacer las cosas como siempre"?

[5] "Escuchar con hondura y honestidad el clamor de Dios en el dolor, en la pobreza, en la exclusión". ¿Somos sensibles a los más vulnerables para generar espacios de reflexión y acciones de compromiso social y misionero en nuestros grupos y comunidades, para favorecer la justicia y la solidaridad?

[6] Nuestro carisma no es exclusivo de un grupo cerrado, sino que forma parte de la iglesia. ¿Vivimos esa pertenencia eclesial?, ¿nos sentimos enviados por ella a desarrollar nuestra misión? ¿Qué entendemos por sinodalidad y qué implica?

PARA ORAR

¡Oh Virgen y Madre de Dios!,
yo me entrego por hijo tuyo.
Me confío a tu amor materno
para que formes en mí a Jesús,
el Hijo y el Enviado del Padre,
el Ungido por el Espíritu Santo
para anunciar la Buena Nueva a los pobres.
Enséñame a guardar, como tú, la Palabra en el corazón,
hasta convertirme en Evangelio vivo.
Pide la fuerza del Espíritu
para que sea testigo de Cristo entre los hombres.
Infúndeme tu amor materno para que les revele al Padre
y sientan la alegría de ser hijos de Dios
en la comunión fraterna de la Iglesia.
Madre, aquí tienes a tu hijo. Fórmame.
Madre, aquí tienes a tu hijo. Envíame.
Madre, aquí tienes a tu hijo. Habla por mí. Ama por mí.
Guárdame, no sea que anunciando a otros el Evangelio,
quede yo excluido del Reino.
En ti, Madre mía, he puesto toda mi confianza.
Jamás quedaré confundido. Amén.

Señor y Padre Mío,
que te conozca y te haga conocer;
que te ame y te haga amar;
que te sirva y te haga servir;
que te alabe y te haga alabar
por todas las criaturas.

Antonio Maria Claret Arzú



EPAP · EQUIPO PROVINCIAL DE ANIMACIÓN PASTORAL